

## RESEÑAS

### Luisa Muraro: *Guillerma y Maifreda.* Historia de una herejía feminista

Luisa Muraro *Guillerma y Maifreda*. (Trad. Blanca Garí). Barcelona, Ediciones Omega S.A., 1997. (La Tartaruga edizioni 1985)

María Eugenia Góngora

Luisa Muraro realiza en este libro un intento de reconstitución de un gruporeligiososurgido en el Milán del siglo XIII en torno a la figura de Guillerma (Ca. 1210-1281), una mujer que se convirtió en jefe espiritual de un grupo juzgado por la Inquisición en 1300.

La documentación existente no permite grandes certezas sobre la vida de esta Guighielma (Guillerma), pero parece posible que fuera hija de Premislao I rey de Bohemia, y de Constanza de Hungría, su segunda esposa. Esta habría tenido tres hijos varones y luego dos hijas, Blazena Vilemina (nacida en 1210) e Inés (1211-1240).

Como parte de una política territorial, estas dos hijas estaban naturalmente destinadas al matrimonio. Inés escogió la vida conventual y gracias al apoyo del papa Gregorio IX pudo entrar en el monasterio de San Salvador de Praga, fundado por ella misma, en unión a cinco clarisas enviadas allí por la propia Santa Clara de Asís. Fue canonizada y es recordada en el santoral como Santa Inés de Bohemia.

La hija mayor, Blazena (=felix] la que hace feliz) Vilemina se casó, tuvo un hijo y podría ser la misteriosa Guillerma que apareció en Milán, acompañada de su hijo, en una fecha incierta, entre 1260 y 1270.

Lo que se sabe de Guillerma está documentado en el proceso que la Inquisición milanesa realizó en 1300, años después de su muerte, en contra de su persona y de sus seguidores; entre éstos, principalmente, Maifreda, una noble milanesa que fue reconocida como vicaria y sucesora de Guillerma después de su muerte, y el noble Andrea Saramita, gran difusor de las creencias de este grupo en el medio milanés.

Guillerma dio al parecer poca importancia a su pasado en Bohemia, y vivió sola hasta su muerte, sin haber creado nuevos lazos familiares. Fue

muy cercana a los cistercienses de Chiaravalle, en una de cuyas propiedades terminó su vida. Entre sus seguidores y devotos, por otra parte, se encontraron *gentes de toda condición social, hombres y mujeres, laicos y religiosos que vieron en ella una maestra y una sana* (p. 9).

Guillerma no fundó una comunidad estructurada, no fue propiamente una religiosa con votos, ni llevaba tampoco una vida especialmente ascética, según Muraro, aunque ella y sus seguidores llevaban un característico vestido de color oscuro.

Se sabe poco de lo que ella enseñaba, pero gracias a los interrogatorios de los inquisidores podemos saber algo de lo que sus devotos llegaron a creer y a proclamar (y a veces también a negar en interrogatorios posteriores).

*Algo en la persona, en los aetos y en las palabras de Guillerma produjo en sus devotos dos asociaciones, una con Jesucristo y otra con el Espíritu Santo. Encontramos estos dos motivos, uno cristológico y otro pneumatológico, tanto en el culto a su santidad, abiertamente promovido después de su muerte, como en la fe secreta en su divinidad, nacida cuando ella aún vivía* (p. 10).

Por lo demás, se le atribuyeron milagros y la presencia de los estigmas en su cuerpo, lo que constituyó para sus fieles la base de su identificación con Cristo. La creencia más "radical" de sus devotos fue, sin embargo, que Guillerma era la encarnación (femenina) del Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad.

Esta idea de la encarnación femenina de Dios, fundamental en el pensamiento de los seguidores de Guillerma —aunque aparentemente rechazado por ella durante su vida— constituye, sin duda, uno de los problemas centrales planteados en el trabajo de Luisa Muraro.

Es un tema central por su complejidad teológica, sin duda, pero muy especialmente por nuestros inevitables

problemas de "lectura" de esta creencia y de las condiciones históricas en las que ella fue posible.

Sin duda hay que tener en cuenta la importancia del Espíritu Santo en la devoción y el pensamiento medievales, particularmente en el siglo XIII; es especialmente relevante en este sentido el pensamiento de Joaquín de Fiore, quien propuso una división de la historia en tres edades, una de ellas, la del Espíritu Santo en la cual ya estaríamos viviendo. Luisa Muraro plantea, en todo caso, la posibilidad de establecer una relación entre los guillermitas y los grupos heréticos de Bohemia (posible lugar de origen de Guillerma) y con los Hermanos del Libre Espíritu en los Países Bajos.

Debemos recordar por lo demás que la posibilidad misma de la "encarnación" del Espíritu Santo en Guillerma podría ser aceptable —aunque en un sentido analógico y no estricto— desde una perspectiva ortodoxa: así como el Hijo (la segunda persona de la Trinidad) se "encarnó" en Jesús, así el Espíritu Santo (la tercera persona) se "encarna" en los cristianos en los cuales inspira sus dones y en los cuales realiza un proceso de "deificación", de acercamiento de la creatura al Dios creador.

Luisa Muraro concede justificada importancia a otro aspecto de la doctrina guillermita que aparece en las actas de la Inquisición, según el exclusivo testimonio de su seguidor Andrea Saramita. Guillerma habría dicho que *desde 1262 no se sacrificaba y consagraba sólo el cuerpo de Cristo sino, junto con él, también el del Espíritu Santo, que era la propia Guillerma*. Por ello, prosigue el testimonio, ella decía que *no le interesaba ver el cuerpo de Cristo ni su sacrificio, porque se veía a sí misma* (p. 19).

Sin duda, importante es la tesis guillermita de la posibilidad de salvación para los no cristianos relacionada con la necesidad del sexo femenino para la salvación de la humanidad, tesis a la que Luisa Muraro dedica también su reflexión. En este contexto se comprende la figura de Maifreda, predicadora y "papesa", vicaria de Guillerma después de su muerte.

El libro de Luisa Muraro tiene a mi modo de ver un doble valor, en primer lugar porque proporciona una información de importancia al transcribir las actas del proceso a los guillermitas realizado por la Inquisición de Milán. En segundo lugar, pone en evidencia los problemas de inter-

pretación que esa documentación puede plantear a los lectores actuales y en particular a la mirada de la propia autora, quien reconoce la limitación de su competencia en varios lugares de su escrito.

Es cierto que toda mirada actual sobre un texto medieval parte necesariamente del reconocimiento de limitaciones y carencias, de ese "ruido de los siglos" que menciona Paul Zumthor como interferencia inevitable en nuestro proceso de comprensión.

Sin embargo, las limitaciones que reconoce Luisa Muraro son muy importantes. Ella se interesó por los guillermitas de modo casual—no tiene formación como historiadora—y reconoce (p. 190) no haber profundizado en el pensamiento religioso de las mujeres medievales aparte de la hereje Marguerite Porete a quien compara con Guillerma.

Por otra parte, la estructuración del libro de Luisa Muraro presenta serias dificultades para su lectura; no resulta evidente la adecuación de la división que establece en capítulos cuyos títulos resultan un tanto confusos: los mismos temas —y los mismos problemas y "soluciones" provisionales— son reiterados en los diversos capítulos. La mayor dificultad de lectura se produce sin embargo en la "Bibliografía y notas", que debería por cierto haber presentado una lectura de referencia fácil y de ordenamiento de los temas que aparecen en los capítulos anteriores.

Con respecto al pensamiento de los guillermitas y en particular a la doctrina de la propia Guillerma, parece suficientemente claro que las condiciones de su preservación—a través de los documentos de los inquisidores— permiten una "entrada" válida y legítima —aunque claramente limitada— a ese pensamiento como objeto de estudio. Pero esas mismas condiciones y el carácter indirecto del conocimiento sobre el pensamiento de Guillerma impiden—a mi modo de ver— mayores especulaciones sobre sus motivaciones más personales o sobre conceptualizaciones actuales probablemente ajenas a Guillerma y los guillermitas.

Así por ejemplo, Luisa Muraro aventura la suposición de que *Guillerma podría haber llegado ella misma a la idea que la encarnación de Dios no es completa sin la encarnación de la diferencia sexual. O podría ser la portadora de ideas escuchadas a otra mujeres en el lejano país del que procedía* (p. 151). Luisa Muraro especu-

la, además, sobre las razones de la "conversión" de Maifreda, afirmando que ésta era una mujer llena de fuerza, voluntad y orgullo (... que) llegó a hacer de Guillerma su Dios, para anular la desventaja social (de ser mujer) a la que se halló enfrentada[...]. Guillerma, que conocía la pasión de ser en femenino sin ser disminuida por ello(...) Por esto (Maifreda) adoró a Guillerma. (...) Guillerma real, milagrosa... etc.(p. 47)

Este tipo de interpretaciones me parecen de alguna manera "voluntaristas" aunque estén basadas en los testimonios judiciales de la Inquisición.

Por otra parte, hubiera sido interesante aportar a este trabajo otras perspectivas interpretativas recientes (además de los estudios clásicos) sobre este movimiento. La historiadora Caroline Walker Bynum plantea, por ejemplo,

que la creación de una jerarquía eclesiástica femenina encabezada por Maifreda podría ser perfectamente obra de los hombres pertenecientes a su grupo de fieles. (cf. "Fragmentation and Redemption", Zone Books, N. York 1991, pp. 59, 138). Así también, existe numerosísima bibliografía sobre los grupos religiosos medievales que constituyeron necesariamente —y en el sur de Europa— el contexto de los guillermitas.

El libro de Luisa Muraro constituye en todo caso un testimonio interesante de lectura actual de esos otros testimonios judiciales del Milán medieval, y en ese sentido constituye sin duda alguna un texto de interés y un aporte importante a nuestra visión de una época y de un grupo social y religioso "gobernado" por mujeres.